

colección rúbrica



GONZALO ARJONA



EL PERDÓN IMPOSIBLE

esstudio
ediciones

1

Aparcó el coche al final del camino de grava, y el crujido familiar de las piedras al caminar sobre ellas le recordó un tiempo pasado. Nada parecía haber cambiado, la casa permanecía igual que cuando se marchó hacía cuatro años. El pozo, sellado por una chapa de acero y un candado, reclamaba una mano de pintura; al igual que las puertas y las ventanas, donde el sol, la lluvia y el frío habían dejado cicatrices en la madera. El pequeño jardín frontal mostraba signos de abandono; pensó que se podría remediar con unas horas de tijera, azada y rastrillo. El resto de la casa, sin embargo, parecía resistir con dignidad el paso del tiempo: las piedras permanecían impasibles, mientras que lo demás sucumbía, se rompía o se desvanecía en el olvido.

Se detuvo frente a la puerta y por un instante estuvo a punto de buscar las llaves dentro de su bolso, pero se detuvo y negó con un leve movimiento de cabeza. Golpeó la madera suavemente con los nudillos. Al no obtener respuesta

tras unos segundos, volvió a llamar. Una voz lejana respondió con un leve «¡ya va!», y luego, el sonido de una respiración agitada le indicó que alguien se acercaba con dificultad. Finalmente, un sonido metálico reveló que el resbalón de la cerradura había cedido.

En el umbral apareció un hombre escuálido. Su figura descarnada habría parecido alta, de no ser por las muletas que lo sostenían por las axilas y que hacían que se inclinara ligeramente hacia delante. Su pelo, ralo y abandonado, caía desordenadamente tras las orejas hasta los hombros, mostrando mechones prematuramente canosos y sucios. Sus mejillas estaban hundidas, los pómulos prominentes, y de los ojos oscuros brotaba una mirada agria.

—Buenos días, me envían del ayuntamiento. Soy Clara.

—Sí, me llamaron ayer para decirme que vendrías, pasa.

Se apartó de la puerta con dificultad para que pasara, ella se encogió como si no quisiera rozar ni un milímetro de su cuerpo. Una vez dentro de la casa, observó que nada había cambiado en aquel salón; las cortinas de cretona espesa con grandes flores en tonos verdes, recogidas

a los lados de los visillos, dejaban pasar la luz que se colaba por el ventanal que daba al valle. Desde que entró por primera vez en aquella casa le había gustado aquel salón; la amplitud, la comodidad y la calidez de la chimenea le hacían sentir que allí había hogar, o que podía haber sido un buen hogar. También sabía que el hogar no lo hace la casa, sino la gente que la habita, y hacía años que allí no moraban más que fantasmas.

Apoyándose en las muletas, aquel hombre se dejó caer en el sillón frente a la chimenea y la invitó con la mano a que se sentara. Clara, obediente, se despojó del abrigo, lo dejó sobre el brazo del sofá y se sentó en él con el bolso apoyado sobre las rodillas.

—Soy Eneko, supongo que ya lo sabes.

—Sí, ya lo pone en el documento que me han dado en Servicios Sociales.

—También sabes quién soy... —antes de que terminara de hablar, Clara le interrumpió:

—Sí, lo sé todo sobre ti, cuidé a tu madre durante los últimos tres años de su vida.

Eneko se revolvió en el sillón, miró hacia la chimenea y se le ensombreció el rostro. Encendió un cigarrillo y le ofreció uno a ella.

—No, gracias, no fumo.

La casa olía a humo de tabaco reciente. Le habían dicho que Eneko llevaba solo tres días en el pueblo. Si no se aireaba y se limpiaba pronto, esa casa se convertiría en una zorrera.

—¿Y por qué has querido volver a esta casa a cuidar a un lisiado?

Clara esperaba ese tipo de reacciones, palabras cortantes y defensivas, pero estaba preparada.

—Conozco la casa, vivo en el pueblo y me es cómodo; además es mi trabajo y tengo que trabajar.

—¿Sabes que no pude venir al entierro del *ama*? ¿Sabes que esos hijos de puta no me dieron permiso?

—Lo sé, porque yo estuve con ella cuando se murió y hasta que la enterraron no me moví de su lado.

Eneko asintió con la cabeza.

—Sí, ya me dijeron. Gracias.

Durante unos minutos, el silencio se arrellanó en aquel salón que ya recibía la luz anaranjada de la tarde.

—¿Y ya sabes del trabajo que tienes que hacer?

—Cuidar de ti, ya lo sé. Tener todo limpio, hacer la comida, controlar la medicación. Todo. Vendré a las ocho de la mañana y me marcharé a

las ocho de la tarde, eso es lo que me han dicho en el ayuntamiento.

Eneko sonrió.

—Bastardos. Ahora son ellos los que tienen que pagar.

Miró de nuevo a la chimenea. Clara se dio cuenta de que, durante el tiempo que llevaba allí, nunca la había mirado a los ojos.

—Ya te habrán dicho que soy una mala persona, un cabrón sin sentimientos. Es verdad, me los arrancaron cuando joven.

—Lo que digan no me importa; yo vengo aquí a trabajar, solo a eso, para que vivas con dignidad. Si eres esto o aquello, si eres feliz o desgraciado, a mí no me incumbe. Solo exijo que me respetes.

Eneko asintió con la cabeza.

—Está bien. ¿Cuándo quieres empezar?

—Mañana mismo. Tienes que llamar a Servicios Sociales y decirles que me aceptas.

—De acuerdo, ahora llamo.

—Pues mañana nos vemos.

Después de la tercera curva tuvo que detener el coche a un lado de la carretera. Tenía la respiración

agitada y los nervios no le dejaban ver con claridad. Echó hacia atrás el cuerpo, apoyó la cabeza en el asiento, cerró los ojos y gritó. Gritó fuerte, muy fuerte; gritó hasta que le dolió la garganta.

Se preguntó qué hacía allí y si era necesario volver a revivirlo todo. Inmediatamente se respondió que lo revivía cada mañana cuando se levantaba y cada noche cuando se acostaba; pero era lo que se había propuesto, ese empeño y la casualidad fue lo que la llevó por primera vez a esa casa. Ahora parecía que se habían alineado los astros y volvía a estar en el mismo sitio. Eso estaba bien.

Durante un instante se sintió mal. Una sensación que le parecía familiar le oprimió el pecho. No tuvo más remedio que dejarse llevar; eran ya tantos los años que no lo hacía que estaba segura de que no le iba a hacer mal. Bajó la cabeza, con los ojos cerrados llevó la mano al asiento situado a su derecha y tanteó dentro del bolso que estaba encima. Sacó un pañuelo de papel y se limpió las lágrimas que se habían deslizado por su mejilla.